



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura com a "Honoris Causa" per
la Universitat de València a Rafael
Lapesa Melgar

Laudatio

València, 1 de febrer de 1985



LAUDATIO RAFAEL LAPESA *per Emilio Ridruejo*

La Facultad de Filología me ha conferido el honor de presentarles hoy a Vds. los méritos del Profesor don Rafael Lapesa, méritos por los cuales la Universidad de Valencia le inviste Doctor Honoris Causa.

El único título que puedo poseer para que se me haya encomendado este honroso encargo es, simplemente, que imparto en esta Universidad cursos de Filología y Lengua Españolas, las mismas disciplinas a las que ha dedicado don Rafael Lapesa toda su actividad profesional. Las mismas también en las que son figuras cimeras otros valencianos como Gregorio Mayans y Siscar, Vicente Salvá o, más recientemente, don Manuel Sanchis Guarner y don Manuel Alvar, a quien también hoy tenemos entre nosotros.

Y este mínimo título de profesor de Filología Española me obliga a comenzar expresando mi agradecimiento a Rafael Lapesa. Todos los profesores, los investigadores, los estudiantes de Filología están en deuda con él: nuestra materia no sería hoy lo que es sin la obra profesional que ha realizado y que está desarrollando. Obra que constituye un eslabón, probablemente el más firme, en la renovación de la Filología Española que parte de Menéndez Pidal.

Rafael Lapesa nació en Valencia en 1908. Pasó en esta ciudad su infancia y aquí comenzó sus estudios elementales, aunque hubo de continuarlos en Madrid, donde se licenció en Letras en 1927 y se doctoró en 1931.

En la Universidad de Madrid fue discípulo directo de Ramón Menéndez Pidal e inició con él, a partir de 1927, una estrecha colaboración en el Centro de Estudios Históricos.

En él, a los quince años de su fundación, Menéndez Pidal y sus colaboradores, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Manuel Gómez Moreno, habían conseguido reunir una biblioteca especializada, amplia y eficaz, ficheros nutridos y cuidadosos y, sobre todo, un cálido ambiente de trabajo, rigor y apertura intelectual al exterior. Todo ello estaba dando ya eminentes frutos: en esos años, el Centro era respetado y admirado en todos los ambientes intelectuales. Había comenzado, incluso, su expansión: Solalinde en Wisconsin, Amado Alonso en Buenos Aires, Montesinos en Hamburgo, Dámaso Alonso en Valencia, difundían las enseñanzas adquiridas. Ahí, en estrecha colaboración con Menéndez Pidal, el joven Lapesa trabaja en el *Glosario* de voces romances atestiguadas en los documentos de los siglos IX al XII y en una *Crestomatía* del español, que habría de ser publicada más de veinte años después.

De su trabajo inicial en el Centro de Estudios Históricos, quedan como prueba las primeras publicaciones personales de Lapesa: por un lado reseñas, por otro, notas etimológicas, ambas aparecidas casi siempre en la *Revista de Filología Española*.



Las etimologías (que Lapesa ha seguido redactando hasta el presente) no consisten sólo en propuestas breves sobre un origen más o menos justificado, sino que son algo mucho más ambicioso: investigan la historia total de la voz de que se trate, recogen la documentación medieval, señalan las peculiaridades locales e intentan mostrar el reflejo en la lengua de la historia social.

Las reseñas, sobre obras que atañen, en general, a textos medievales o clásicos, ediciones o estudios sobre el *Fuero Juzgo*, el *Libro del Buen Amor*, Cervantes, revelan, leídas hoy en día, un conocimiento profundo de la materia reseñada, así como gran respeto para el trabajo ajeno, aunque tuviera que acompañarlo de las críticas necesarias.

Muy pronto muestra Rafael Lapesa, con total madurez, los que han sido los dos grandes empeños de su actividad investigadora: la historia de la lengua y el estudio de la lengua literaria.

Encargado Lapesa durante la guerra civil de mantener desde Madrid la comunicación entre el Centro de Estudios Históricos y la Junta de Ampliación de Estudios, trasladada aquí, a Valencia, comienza a redactar, por sugerencia de Navarro Tomás, desde esta ciudad, un manual sobre Historia del Español. El resultado es que, en 1942, tras las vicisitudes de la guerra y en los difíciles primeros años de la posguerra, Rafael Lapesa da a las prensas su extraordinaria *Historia de la Lengua Española*, que ha recibido, hasta 1980, ocho ediciones, progresivamente más amplias.

El plan que adopta Lapesa en el libro es claro y, si hacemos caso al prólogo, aparentemente sencillo: «toma como hilo conductor la llamada historia externa del idioma español y, simultáneamente, a través de ella, expone la evolución interna gramatical».

Pero esto que al prologuista quizá le pareciera fácil (era don Ramón Menéndez Pidal) encierra, en realidad, un trabajo arduo.

La historia de la lengua venía a ser, en cierta medida, una reacción contra los esquemas metacrónicos de la Gramática Histórica, contra las tesis de actuación ciega de leyes fonéticas independientes de los hablantes. La historia de la lengua está ligada a la corriente llamada idealista que, hundiendo sus raíces en Vico y en Humboldt, concibe la lengua como una creación espiritual, de forma que su historia, la historia del idioma, no puede separarse de la historia de la cultura.

A pesar de la saludable reacción que supuso este enfoque, otros lingüistas como Vosler o Spitzer han caído con facilidad en el subjetivismo estético, en exagerar la importancia de las creaciones individuales, sobre todo de las grandes figuras literarias, desdeñando el carácter social, colectivo, tradicional de la lengua.



Y aquí está el gran mérito del libro de Lapesa: en saber apartarse tanto de la sequedad positivista de los simples datos, como de la interpretación generalizadora, sin otro fundamento que los hallazgos estilísticos individuales. Su *Historia de la lengua* es más rigurosa, mucho más lingüística que la de los idealistas alemanes Vosler y Spitzer e incluso que la de von Wartburg. Proporciona siempre descripciones de los hechos colectivos y sociales, de lo sistemático de la lengua, que nunca descuida en beneficio de lo individual. Presenta, así, las relaciones entre lengua y comunidad social sobre la base de cortes descriptivos sucesivos. Pero se trata de descripciones internas, aunque junto a ellas muestre cómo la historia de la cultura se enlaza con las estructuras lingüísticas.

Nunca pone en duda que la lengua se modifica, muy lentamente, con la colaboración de innumerables usuarios del idioma. Sin embargo, también fija su atención en lo creativo de la vida de lenguaje. Saca a la luz, con frecuencia, los factores artísticos y estéticos que caracterizan en cada momento la expresión artística por excelencia: la expresión literaria.

Íntimamente vinculada con su interés por la historia de la lengua, surge otra iniciativa, en la que Rafael Lapesa abre un nuevo camino y en la que probablemente más profunda es su huella en la investigación filológica española: se trata de sus trabajos de sintaxis histórica.

Al destacar las posibilidades individuales de la expresión, queda realizada en la indagación lingüística una parcela que no había sido suficientemente desarrollada por los positivistas: la sintaxis.

Mientras que el mecanismo más superficial del cambio lingüístico se percibe con facilidad en la evolución fonética, la combinatoria sintáctica supone un todo de más dificultoso análisis, y en el que el papel de la selección individual es mayor. Por ello, precisamente, a la vez que la sintaxis franquea mejor que cualquier otro nivel de la lengua la capacidad creativa individual, es también mucho menos susceptible de sistematización.

Pero, al mismo tiempo, la sintaxis de una lengua, sometida a la variación accidental en menor grado que el léxico o los sonidos, aparece como portadora del carácter más íntimo de la lengua, de eso que se suele llamar, siguiendo a Humboldt, forma interior. Y ello sucede hasta tal punto que, según Lapesa, la sintaxis viene a ser como el haz lingüístico del envés psíquico que presentan los hechos de forma interior en unos mismos procesos y creaciones.

En sus estudios de sintaxis histórica, Lapesa, con inigualable, transparente, densidad, ha ido desvelando 'a lo largo de cuarenta años' los mecanismos que explican el paso del demostrativo latino hasta el artículo romance, el abandono del sistema de casos para ser sustituido por preposiciones, los cambios de orden de colocación del adjetivo, las alternativas en el empleo de los pronombres personales, las formas de tratamiento en español, desde el vos medieval hasta el *usted* de hoy, la historia de los giros nominales con la preposición *de*, las perífrasis con participio, el infinitivo y tantas y tantas otras construcciones del idioma...



Los trabajos de sintaxis histórica de Lapesa aportan, en primer lugar, una enorme recopilación de materiales. Aquí refleja su formación enraizada en el método de Menéndez Pidal y del Centro de Estudios Históricos: todas y cada una de las descripciones de hechos sintácticos se apoyan sólidamente en datos, en depurados ejemplos que proceden de textos de todas las épocas del idioma.

Pero no suponen sólo eso. Siempre hay una explicación del funcionamiento y de la evolución de los fenómenos que estudia; el trazado de los ejes cronológicos y sociales que determinan el éxito de cada construcción, los factores estilísticos que las acompañan y que, a veces, desvían los cauces de su desarrollo. Y, lo que es más importante, en los estudios de sintaxis histórica, introduce Lapesa la noción estructural de conexión de unos fenómenos con otros, aunque pertenezcan a diferentes planos de lenguaje, y la noción de sistema funcional, concebido este último de una manera dinámica y flexible, con desajustes y reajustes que responden a la realidad viva de la lengua.

También en estrecha relación con su interés por los aspectos creativos del lenguaje, Lapesa se enfrenta con la lengua literaria, en la que se revela con mayor claridad la creación lingüística.

Con ello continúa otra de las líneas directrices del Centro de Estudios Históricos, la representada por Américo Castro, el más directamente entroncado con Menéndez.

Trata de la misma cuestión en el libro *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés*. Aquí demuestra que este texto, aunque escrito en el asturiano del siglo XII, es también una obra con abundantes rasgos provenzales. La mezcla lingüística en ese Fuero, como en los de Valfermoso de las Monjas y de Villavaruz de Rioseco, que estudia en 1972 y 1973, queda bien explicada si se admite que intervienen en su redacción o copia extranjeros ultramontanos, de los muchos que entran en España entre los siglos XI y XIII, extranjeros que intentaban acomodarse a la lengua de la tierra sin conseguirlo plenamente.

Igualmente como un fenómeno de lenguas en contacto, como resultado de la fuerte influencia franca (francesa, occitana e incluso catalana y aragonesa), consigue explicar Lapesa un viejo problema de fonética histórica: el movimiento de ida y vuelta que tiene lugar en castellano entre los siglos XI y XIII en la pérdida de la vocal final de palabras como *cort*, *mont*, *nuef*, en lugar de *corte*, *monte*, *nueve* (lo que técnicamente se denomina apócope extrema). Un rasgo que, de haber persistido, habría dado a nuestra lengua una fisonomía parecida a la del catalán o del occitano.

Han sido otros muchos los temas que ha estudiado Rafael Lapesa: la toponimia, la lengua de Alfonso X el Sabio, los problemas de la lengua actual, las variedades que refractan el español, el ceceo y el seseo de Andalucía y de América..., y tantos otros.

De ellos quiero aludir, por último, a dos trabajos, ambos recientes, que en cierta medida marcan una nueva faceta de su actividad: la gramática sincrónica. Se trata de dos estudios publicados en 1973/74 y en 1978 respectivamente, sobre el artículo y sobre las oraciones causales.



En el primero, en realidad doble, Lapesa examina el artículo dentro del sistema de actualización del sustantivo en español. Contrapone, inicialmente, el sustantivo sin actualizador, que denota lo conceptual-categorico, la realidad cualitativa de las cosas, frente al sustantivo actualizado, esto es, dirigido a los objetos. Y, dentro del conjunto sistemático de las marcas de actualización, define la clase de los actualizadores vacíos, los artículos. Defiende y demuestra el carácter de artículo de la forma *un*, opuesta como clasificador a *el*, identificador. Pero la breve y concentrada monografía no se limita al establecimiento de las oposiciones sistemáticas, añade *más*, por ejemplo el examen del artículo indefinido como signo de novedad y relieve en el uso coloquial, o los efectos generalizadores de *el*, efectos de sentido, estadísticas, etc.

El segundo trabajo supone un acertado e innovador análisis de los dos tipos de oraciones causales, tal como se presentan en español. Siguiendo una intuición del gramático Andrés Bello, caracteriza con todo detalle mediante diversas pruebas de conmutación, las diferencias de comportamiento de dos clases de oraciones causales, unas que se refieren a la causa de que se produzca el acto de habla, otras que afectan a lo dicho en distinta proposición. Todo ello constituye un antecedente original de una corriente lingüística desarrollada recentísimamente, la llamada lingüística de la enunciación.

Toda esta obra científica de Rafael Lapesa, de la que apenas les he dado a ustedes desvaída noticia, ha tenido reconocimiento general. En 1950 fue elegido miembro de Pelayo y con Milá y Fontanals, a pesar de las notables diferencias ideológicas que los separaban.

Los estudios literarios de Rafael Lapesa se dirigen inicialmente hacia autores medievales y clásicos. El padre Rivadeneyra, Fray Ambrosio Montesino, Juan de Mena, Micer Francisco Imperial, Cervantes o Lope de Vega son objeto de su análisis. Posteriormente se ha ampliado su atención dando cabida a trabajos incluso sobre contemporáneos, Antonio Machado, Luis Rosales, Francisco Ayala, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre...

Entre estos estudios literarios hay dos que marcan un hito en la investigación sobre literatura española: el dado a las prensas en 1948, *La trayectoria poética de Garcilaso*, y el publicado en 1957, *La obra literaria del Marqués de Santillana*. Ambos constituyen una muestra de cómo se puede fundir el sólido rigor del erudito con la precisión del filólogo y la sensibilidad del crítico.

En el primero examina Lapesa los moldes de la tradición literaria a los que se ciñe el sentimiento poético de Garcilaso de la Vega. Moldes ciertamente afines con ese sentimiento, pero que actúan sobre él, intensificándolo o filtrándolo según los casos. Sigue la evolución literaria del poeta desde la tradición de los cancioneros españoles hasta su fusión con los temas y formas petrarquistas. En el libro, como dice Dámaso Alonso, «no sólo pone en orden un Garcilaso antes entremezclado y confuso, sino que nos ha dejado páginas no superadas de crítica iluminadora y creativa».



También en el segundo libro, punto de partida para toda aproximación a Santillana, describe Lapesa el complejo juego de confluencias literarias que se dan en la obra del Marqués. Señala los rasgos que definen la articulación de formas perennes de la tradición popular con otras trovadorescas gallego-castellanas, así como con el doble influjo francés e italiano.

En los dos libros destaca el valenciano Lapesa aspectos que a otros críticos pudieran haber pasado desapercibidos: la estrecha vinculación de los escritores castellanos de los siglos XV y XVI con la tradición literaria catalana. Es a través de los poetas de la corte de Alfonso V, el alguacil Andreu Febrer, el camarero real Jordi de Sant Jordi o el halconero Ausiàs March, como el joven Iñigo López de Mendoza entra en relación, tanto con la poética provenzal como con las corrientes humanistas, que en Cataluña van ahondando antes que en Castilla el conocimiento de la Antigüedad. Igualmente recoge el influjo que ejerce la poesía a veces sombría y aun violenta del valenciano Ausiàs March en el gusto de Garcilaso por lo oscuro y conceptual en aquellos poemas del periodo en que tiende a asimilarse con Petrarca, pero sin haber conseguido todavía identificarse con su pensamiento y su expresión.

Quizá por su procedencia de una región bilingüe, hay otro tema que ha apasionado a Rafael Lapesa, y al que ha dedicado varios importantes trabajos: el del influjo lingüístico que ejercen sobre el castellano pobladores medievales venidos del otro lado de los Pirineos.

Se ocupa de este aspecto en un artículo sobre el *Auto de los Reyes Magos*. En él apunta que esta primera obra del teatro castellano fue quizá escrita por un gascón que residía en Toledo.

Ha realizado una gran labor como Director del Seminario de Lexicografía y como Secretario de la Institución. Es doctor honoris causa por las Universidades de Toulouse y Lima, miembro de honor de numerosas sociedades e instituciones científicas. Condecoraciones. Homenajes.

Pero no les abrumaré a Vds. con la lista, casi interminable, de tales distinciones. Estoy seguro que el Profesor Lapesa prefiere que termine hablando de su tarea en la enseñanza.

Comenzó su carrera docente como catedrático de Instituto, en 1930. Y creo que no es éste el puesto del que se siente menos orgulloso. Y con razón. Pertenece a un cuerpo en el que tenía como compañeros a la flor y nata de la cultura española, a Antonio Machado, Gerardo Diego, Samuel Gili Gaya, Salvador Fernández Ramírez, José Manuel Blecuá.

Fue catedrático de la Universidad de Madrid desde 1947 hasta su jubilación en 1978. Pero ha seguido impartiendo cursos hasta hoy mismo, en que lo hace en la Universidad Autónoma de Madrid.

Ha sido, además, profesor de la Universidad de Barcelona, donde fue enviado para reforzar la enseñanza de filología española en la primavera de 1936; en Salamanca, en Princeton, Harvard, Yale, Berkeley, Wisconsin. Buenos Aires, Méjico, Puerto Rico.



Apenas hay en Europa o América universidad de prestigio (la Sorbona, Heidelberg, Oxford, Cambridge...) que no se haya enriquecido con sus conferencias. En todo el mundo sus alumnos lo recuerdan con admiración.

Y hoy, cuando echa la vista atrás y se pregunta con la Epístola Moral: «De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?», continúa respondiéndose —así lo tiene escrito— «queda el afán ilusionado de seguir inquiriendo el mensaje que se guarda en el ser y el devenir de nuestra lengua».

Con razón escribe de él Jorge Guillén:

«e ahínca en su tarea
Con esfuerzo sin gesto, sin alarde...
Baraúnda de siglos
Aún supervivientes
Rodea a este varón
Sin quebrar su silencio laborioso,
Estímulo de un aula...
—“Hombre esencial” dijeron los antiguos—».